

Después de Edén

Helen Douglas



Algar Joven

¿Podrá el amor traspasar cualquier dimensión desconocida?

CAPÍTULO 1

Perran, marzo de 2012

Megan llegaba tarde. Ya había sonado el timbre que avisaba de que solo faltaban cinco minutos y todo el mundo se había ido a la asamblea. Yo la esperaba ante la puerta principal.

Era una gélida mañana de marzo con un cielo despejado. Sobre el campus del instituto, dos buitres volaban en círculos en sentido contrario a las agujas del reloj, como dos manecillas que caminaran hacia atrás. Mientras oteaba a lo lejos, esperando captar a distancia el abrigo morado de Megan, le vi por primera vez. Emergió de pronto de la deslumbrante claridad un chico alto, con un pelo castaño claro que parecía de plata al pálido sol del invierno. Mientras se dirigía a la puerta de la escuela, se bajó la cremallera de la chaqueta de cuero y dejó al descubierto el jersey del uniforme y la camisa blanca; después, se puso la corbata alrededor del cuello y la ató con holgura, como para evitar tanto com fuera posible la incomodidad.

Lanzó una mirada en mi dirección antes de dirigirse al edificio central. Le costó unos treinta segundos cruzar la puerta de la escuela y atravesar la entrada principal. A mí me costó bastante menos imaginarme cómo era: maravilloso, seguro de sí mismo, inalcanzable.

A la hora de la comida, daba la impresión de que toda la población femenina del último curso hablaba del chico nuevo. Oí muchos fragmentos de conversaciones en el trayecto desde el despacho de la orientadora escolar hasta la cafetería.

–Es canadiense.

–Es sudafricano.

–Dicen que es tan bueno jugando al fútbol que el señor Tucker lo quiere en el equipo.

–Lleva un tatuaje.

–Vive con su novia, una rubia que está buenísima.

–Conduce un deportivo plateado.

–Chloe Mason quiere salir con él.

Mi sesión de orientación se había alargado y la cafetería estaba prácticamente vacía cuando llegué, pero aún quedaba una pequeña cola ante la caja. Esperé con impaciencia, sin dejar de pensar en la reunión que acabábamos de tener.

El despacho de la señora Mingle estaba escondido en lo más alto del bloque de administración, lejos del resto de las oficinas. Era una mujer de mediana edad, con extravagantes gafas y una ensortijada cabeza de rojos rizos afro.

–Bien, Eden –había dicho con entusiasmo, una vez que estábamos las dos instaladas en nuestras butacas, con una bandeja de galletas de chocolate y dos tazas de té que se tambaleaban sobre una banqueta colocada entre ambas–. Dime dónde te ves en el futuro.

Yo no había pensado demasiado en mi futuro. No en el futuro a largo plazo, en cualquier caso. Como mucho, había pensado en aprobar los exámenes en verano y matricularme en la universidad local en otoño. Estudiaría duro durante la semana y, los sábados por la noche, acudiría a fiestas. No a la clase de fiestas que le gustan a Amy, en las que se bebe sidra en vasos baratos de plástico y las parejas se pierden por los rincones oscuros, sino a esas en las que se bebe vino en vasos de cristal auténtico y la gente habla de libros y política mientras intenta cambiar el mundo.

—Imagínate como una anciana de noventa años—dijo la señora Mingle, sumergiendo una galleta de chocolate en su taza de té; la mantuvo allí tanto tiempo que pensé que se rompería— que está recordando su vida. ¿Qué clase de historia querrías poder contar?

Intenté imaginarme a mí misma como una anciana, gris y arrugada, con la vida a sus espaldas. Y, de pronto, supe lo que quería. No con detalle, sino en líneas generales. Quería que mi vida fuera como uno de mis libros favoritos: una novela larga y gruesa, con las páginas abarrotadas de una letra muy pequeña, como si la única manera de escribir tanta vida en un solo libro fuera hacerlo con una letra minúscula. Quería ser valiente, correr riesgos, ser diferente, enamorarme. Los personajes tendrían que ser originales; los paisajes, exóticos. Quería que mi vida fuera apasionante.

El problema era que no conocía a nadie original, que no había estado en ningún sitio exótico y que carecía de coraje. Sentada en el despacho de la señora Mingle

me di cuenta de que, si no empezaba a pensar en mi futuro, la historia de mi vida acabaría por ser como un cuaderno medio vacío, página blanca tras página blanca, interrumpidas solo de vez en cuando por una ocasional lista de la compra o una nota para el encargado de limpiar las ventanas.

—¿Qué es eso? —murmuró a mi espalda una voz masculina.

Alcé la vista, despertando del sueño. Era el chico nuevo. Fruncía el ceño ante el plato especial del día.

Me encogí de hombros.

—Yo tampoco lo tengo claro. Supongo que pretende ser *curry*.

—Y ¿qué me dices de eso? —preguntó, señalando la *pizza*—. Eso redondo con las cosas rojas...

Me resultaba difícil localizar su acento. Sonaba a algo entre americano y australiano.

—¿Te refieres a la *pizza*?

Asintió.

—¿Qué tiene por encima?

A menudo, la comida de la cafetería era una mezcla terrorífica de ingredientes difíciles de identificar, pero la *pizza* era reconocible y solía ser una opción segura. Me volví a mirarle, buscando la señal que me indicara que bromeaba, algo como un guiño o una sonrisa, pero él contemplaba las porciones de *pizza* con un pliegue entre las cejas.

—Solo es *pizza* normal, con tomate y queso.

¿De verdad no sabía qué era una *pizza*?

—Sí —dijo de pronto, sonriendo—. Ya lo sabía.

Me serví una patata asada, un poco de maíz y una manzana. Él se sirvió exactamente lo mismo.

—Eso tiene mejor pinta —dijo, con un gesto de disculpa.

Pagué la comida y me dirigí a la mesa en la que se sentaban Megan y Connor. Éramos un grupo extraño. No formábamos parte de ninguna de las tribus principales del instituto de Perran, como los surfistas, o los patinadores, o las chicas del club del poni, o los músicos, aunque todos rondábamos por la periferia de los grupos de vez en cuando. Megan tenía buena voz y se llevaba bien con los músicos. Connor estaba aprendiendo a hacer surf, aunque no pertenecía a la tribu de los veteranos, e iba al club de astronomía todos los viernes después de clase, aunque tampoco era miembro oficialmente. Yo, por mi parte, formaba parte del equipo de campo a través, pero evitaba el resto de los deportes y todo lo que tuviera que ver con ellos. Connor y Megan estaban sentados con el vecino de Connor, Matt, y con la novia de Matt, Amy.

Matt era agradable. Tocaba la guitarra y era muy tranquilo. Amy era la reina del drama, siempre actuando, siempre reinventándose a sí misma, siempre buscando ser el centro de atención. Su último *look* era, en sus propias palabras, de vampira elegante. Se había teñido el pelo tan negro que su pálida piel adquiriría un matiz verdoso. Era una mejora con respecto a su anterior imagen, con el pelo rubio platino y esforzándose en imitar los modismos del sur de California.

–Estaba pensando que sería fantástico organizar una fiesta en la playa –decía Amy cuando me senté.

Megan me miró y me hizo una discreta señal con los ojos. Amy llevaba semanas planeando su decimosexto cumpleaños. Megan no era partidaria de las fiestas en la playa, pero yo me imaginaba ya el fuego ardiendo alegremente en la oscuridad de la noche, un cielo lleno de estrellas y, con un poco de suerte, la luna.

–Amy, es a principios de marzo. ¿Cómo vas a dar una fiesta en la playa en marzo? –preguntó Connor–. Aún será pleno invierno.

–En realidad, será casi primavera –contestó ella–. Y, de todos modos, no se trata de ir en biquini y bañador. ¿Nunca has estado de fiesta en la playa más que en verano?

–No –dijo Connor, encogiéndose de hombros–. ¿Por qué haría alguien algo así?

–Porque los padres no van a las fiestas en la playa. Puedo organizarla en casa, con mis padres en la habitación de al lado... Seguro que les encantaría servirnos *pizza* y refrescos... O puedo hacer la fiesta en la playa, sin padres, y bebiendo lo que nos apetezca.

–Lo entiendo –dijo Connor–. Pero nos congelaremos.

–Haremos una hoguera –dijo Amy–. Será estupendo.

Yo desconecté y me ocupé de mi patata. De reojo veía al chico nuevo, sentado a solas en la mesa del rincón. Tres chicas del penúltimo curso, que estaban en la mesa de al lado, lanzaban risitas, jugueteaban con el pelo y subían el volumen de la conversación. Algo me decía que el nuevo no iba a tener problemas para adaptarse, incluso a estas alturas del curso.

–¿Tú qué opinas, Eden? –me preguntó Amy.

–¿Qué? –No me había enterado de nada–. Me parece muy bien.

Amy se dio cuenta y siguió la dirección de mi mirada. Me guiñó el ojo.

–¿Qué? ¿Inspeccionando al nuevo?

–¡Tú también! –gimió Connor, dándome un codazo–. ¿Lo encuentras maravilloso? ¿Hace que te palpите el corazón?

–Olvídame, Connor –dije, devolviéndole el codazo–. Estás celoso.

Mordí la manzana, avergonzada de haber sido descubierta.

–Es listo –dijo Amy–. Estaba en mi clase de ciencias esta mañana.

–No tanto, ¿eh? –dijo Matt–. Tuve clase de historia con él y nunca había oído hablar de Hitler. Por el amor de Dios, ¿quién no ha oído hablar de Hitler?

–O de *pizza* –murmuré entre dientes, pero nadie me oyó.

–De todas formas, no es su mente lo que me interesa –sonrió maliciosamente Megan.

–No lo entiendo –dijo Connor, sacudiendo la cabeza–. ¿Qué tiene él que no tenga yo?

–Músculos –empezó Megan–. Y pómulos marcados. Y... –Connor gimió de nuevo–. Y un pelo precioso –continuó Megan, ignorándolo.

–Tienes que estar de broma –dijo Connor–. Si lleva los pelos de punta... ¿No sabe usar un peine?

–Mira quién habla, el chico que ni siquiera tiene

peine –dije, revolviendo la rubia y desordenada melena de Connor.

–A lo mejor, ese pelo está de moda en América o de donde sea que venga –dijo Megan.

Amy frunció el ceño.

–A mí no me parece americano. Creo que es australiano.

–Definitivamente, no es australiano –rebatíó Megan–. Allí tienen un acento ligeramente nasal. Debe de ser canadiense. O hawaiano.

–O sudafricano –dijo Amy–. El acento sudafricano es parecido al australiano.

–¿Por qué no se lo preguntáis y ya está? –dijo Connor, con una brizna de irritación en la voz–. Aquí viene. Seguro que nos desvelará el misterio.

En efecto, el chico había acabado de comer y tenía que pasar junto a nuestra mesa. Me concentré en la manzana, esperando que Connor no dijera ninguna impertinencia.

Connor se levantó cuando el chico llegó a nuestro lado, impidiéndole el paso.

–Perdona. Me preguntaba si te importaría resolvernos una discusión.

El nuevo sonrió tímidamente.

–Si puedo... –dijo, con cierta precaución.

–Las chicas intentaban situar tu acento. Dudaban entre Australia, Canadá, Hawái y Sudáfrica.

El chico sonrió más abiertamente.

–Casi –dijo–. América.

–América. Ya lo sabéis. Muchas gracias por tu colaboración.

El nuevo arqueó una ceja.

–De nada.

Sonó el timbre de la quinta clase y suspiré. Dos horas de arte con la señora Link.

–¿Qué clase tienes ahora? –preguntó Connor al nuevo–. Te indicaré el camino.

El chico llevaba en la mano un plano del instituto, y se notaba que aquella mañana ya lo había plegado y desplegado varias veces.

–Arte con la señora Link.

–Eden también tiene arte con la señora Link –dijo Megan, sonriéndome.

Me encogí. ¿Por qué tenía que ser Megan tan directa? Engullí el bocado de manzana que estaba masticando y retiré mi bandeja.

–Puedes venir conmigo.

–Eden. Es un nombre muy bonito –comentó, mientras caminábamos hacia el edificio Godrevy–. ¿Es corriente en Inglaterra?

–No. No conozco a nadie más que lo lleve.

–¿Y eso?

No contesté. No sabía qué decirle. Le observé de reojo y vi que me estaba mirando con una sonrisa divertida. El calor que sentí en la cara me avisó de que estaba poniéndome roja. Tengo el pelo rojizo y una piel muy pálida, que tiende a ruborizarse violentamente desde el pecho hasta la frente.

–¿Qué te ha traído a Cornualles? –le pregunté, por decir algo, mientras abría la puerta.

Dudó.

–Trabajo. El trabajo de mi padre.

–Debe de ser duro llegar a mitad del curso. Con los exámenes y toda la pesca.

–No es tan difícil. Todo el mundo es muy amable.

La señora Link ya estaba en el aula, recibiéndonos a todos y observándonos mientras entrábamos. Como siempre, llevaba un caftán que acentuaba sus enormes caderas. Y olía al café de avellanas que bebía siempre.

–Tú tienes que ser Ryan Westland –dijo, sonriendo, mientras le estrechaba la mano–. Veamos, ¿dónde te pondremos? Mira, Eden no tiene pareja. Puedes sentarte con ella.

Me senté en mi sitio habitual y miré a mi alrededor mientras Ryan se sentaba a mi lado. Oí el ruido de los taburetes y los susurros de algunas de las chicas, que se inclinaban para tener mejor vista.

–Así que eres americano –dije, al cabo de un rato.

–Sí.

–El novio de mi tía también es americano y su acento es distinto al tuyo.

–Es un país muy grande.

–¿De qué parte eres?

–Haces muchas preguntas, ¿no crees?

Capté la indirecta, así que saqué mi cuaderno de dibujo y ojeé los últimos trabajos que había hecho. Manos, pies, ojos. Todo horriblemente mal dibujado. Cerré el cuaderno de golpe, temiendo que Ryan lo viera.

–Soy de New Hampshire –dijo él, suavemente. Sonreía–. De un pueblo pequeño, en medio del campo.

–Abrid vuestros cuadernos –nos interrumpió la señora Link, alargándole a Ryan uno en blanco–. Hoy dibujaremos retratos. La cabeza y la parte alta del torso.

Se me hizo un nudo en el estómago. Era horrible. Iba a tener que dibujar delante de Ryan. Yo era un desastre en arte en general y particularmente mala con los retratos. La señora Link escogió a un chico de la primera fila como modelo y entonces nos explicó cómo quería que hiciéramos el trabajo.

–Tenéis treinta minutos cada uno –nos dijo.

–¿Qué quieres hacer primero? ¿Dibujar o hacer de modelo? –me preguntó Ryan.

Las dos opciones me parecían malas. Pensé que, si era la última en dibujar, no tendría que enseñarle el resultado de mi esfuerzo.

–Haré primero de modelo.

No sabía dónde mirar. Miré por la ventana. Miré los cuadros de la pared y, al final, la puerta.

–¿Sería posible que te estuvieras quieta? –me preguntó Ryan.

–Lo siento. Me cuesta estar quieta.

–Elige un sitio para mirar.

Me encogí de hombros y busqué por el aula, intentando encontrar algo interesante.

–¿Qué quieres que mire?

–Mírame a mí.

Tuvo que ver el horror en mis ojos. Me sería imposible mirarle a los ojos sin ruborizarme escandalosamente.

–O puedes mirar por la ventana.

Elegí la ventana, aunque no había mucho que mirar: una palmera que se balanceaba suavemente y una pared de ladrillos. La señora Link puso un *jazz* lento, claramente diseñado para ser relajante. Piano y trompeta. Intenté pensar en otra cosa. Pensé en la fiesta en la playa que planeaba Amy. Pensé en mi tía Miranda y en su adorado novio, Travis. Y entonces pensé en aquel chico tan guapo que tenía delante y que se esforzaba en dibujarme. Noté que de nuevo me ardían las mejillas.

—¿Por qué no te quitas el jersey? —dijo Ryan, al cabo de unos minutos.

—¿Perdona?

—Estás muy roja. ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien —aseguré—. Solo tengo un poco de calor. Su atenta mirada estaba empeorándolo aún más.

—Pues entonces, quítate el jersey.

—¿Eso no te obligará a rectificar el dibujo?

Negó.

—Aún estoy dibujándote la cara.

Me quité el jersey por la cabeza con sumo cuidado, asegurándome de que la camisa no se me subiera con él. Me desabroché el último botón de la camisa y me aflojé la corbata, sabiendo de sobra que todo ello no cambiaría en absoluto el color de mi cara.

—Me pongo roja enseguida —dije.

Ryan dejó de mirarme el pecho y me miró a la cara, deteniéndose en mis ojos. Sonrió y continuó dibujando. Intenté concentrarme en la música, pero era lenta y dolorosamente romántica y, en una reacción absurda, me sorprendí imaginándome que bailaba con Ryan, los

dos descalzos, mientras el sol se ponía sobre el mar y esta pieza de música sonaba de fondo. Me abaniqué con el cuaderno de dibujo, intentando refrescarme.

—¿Hay club de ciencias en el instituto? —me preguntó Ryan.

—Hay unas clases de repaso extras, para la gente que tiene dificultades para aprobar.

Ryan frunció el ceño.

—¿Nada más? ¿No hay nada para gente interesada en las ciencias?

—La verdad es que no. A menos que te interese la astronomía. Supongo que eso es ciencia. Mi amigo Connor frecuenta el club.

Ryan soltó el lápiz y me miró.

—¿Connor?

—Le has conocido en la comida. El chico rubio que te ha preguntado por tu acento.

Ryan asintió.

—Eso suena bien. ¿Cuándo se reúnen?

—Los viernes. Lo dirige el señor Chinn. Connor podrá darte más explicaciones.

Ryan me miraba atentamente.

—Eso es justo lo que estaba buscando. ¿Cuál es el apellido de Connor? Necesito hablar con él.

—Penrose. Es uno de mis mejores amigos. Te lo presentaré.

—Gracias.

Volvió a concentrarse en el cuaderno y empezó a hacer correr el lápiz sobre el papel. Yo volví a mirar hacia la palmera.

Un repentino olor a café de avellanas me alertó de que se acercaba la señora Link.

—Muy bien, Ryan —dijo—. Has captado perfectamente su expresión.

Después de treinta minutos de insoportable vergüenza, la señora Link nos hizo cambiar los papeles. No sabía si me sentía aliviada o mortificada.

—¿Cómo me pongo? —preguntó Ryan, con un brillo divertido en los ojos.

—Me da igual.

No sabía por dónde empezar. Le miré a los ojos: marrones. No marrón tierra, ni marrón café, ni marrón sucio. Sus ojos eran del color de las hojas en otoño. Alrededor de la pupila eran del color de las castañas, que se volvía color de cobre algo más lejos y era casi dorado cuando llegaba a fundirse con el blanco. Eran los ojos más bonitos que había visto nunca y me miraban risueños.

—Creo que es mejor que mires por la ventana —le dije.

—¿A ese árbol?

—Estaría bien.

—¿Qué clase de árbol es?

—Una palmera corriente —contesté, extrañada.

Intenté capturar sobre el papel la expresión de los ojos de Ryan. Pero no pude. Solo conseguí que tuvieran forma de ojo. Con palabras, hubiera dicho que eran unos ojos grandes, cálidos, sonrientes, pero era incapaz de trasladar esos pensamientos al papel.

Lo intenté con el pelo. Era castaño claro, con un matiz cálido. Si tuviera talento artístico, habría mezclado doce matices diferentes de marrón para pintar aquellos

cabellos que, retirados de la frente, le caían en todas direcciones. Traté de captar todo aquel movimiento con el lápiz, pero el resultado en mi cuaderno era solo caótico.

Dibujé después el óvalo de la cara, sabiendo que no sería capaz ni de acercarme a la forma de sus pómulos ni a su mandíbula cuadrada. El rostro que se observaba sobre la página parecía dibujado con esfuerzo por una niña de ocho años y acaricié la idea de romper en pedazos el cuaderno. Suspirando en silencio, me concentré en el cuerpo. Ryan estaba de lado, mirando la palmera por la ventana de la clase de arte. Se había quitado el jersey y se había arremangado la camisa, dejando al descubierto el dorado vello de los brazos. Apretaba los puños, de manera que los músculos se le marcaban como cuerdas tensas. Más arriba, la forma del pecho se dibujaba claramente a través de la camisa. Parecía duro y musculado.

—¿Haces mucho deporte? —pregunté.

—No —dijo, un poco extrañado. Se había dado cuenta de que le miraba el pecho.

—Se te marcan los músculos.

Esas palabras salieron de mi boca antes de que mi censor interno pudiera detenerlas. Él arqueó una ceja.

—¿Eso es bueno?

Me puse roja otra vez.

—Ni bueno ni malo. No seré capaz de dibujarte. El arte es mi asignatura más floja.

—¿Puedo ver lo que has hecho?

—Por supuesto que no.

Los minutos volaron y llegó el momento de enseñar nuestros retratos. La señora Link quería que señaláramos

en el trabajo del compañero una cosa bien hecha y otra que fuera un objetivo a mejorar.

–Aquí lo tienes –dijo Ryan, alargándome su cuaderno.

Era bueno. La chica del dibujo se mordía el labio inferior mientras miraba a lo lejos. Su largo y ondulado cabello estaba desordenado y sus ojos tenían una mirada intensa. La sombra de sus mejillas sugería un ligero rubor de incomodidad. Era yo, desde luego. Una versión de mí mucho más atractiva.

–¿Qué es lo que está bien? –preguntó Ryan, sonriendo maliciosamente.

–Me gusta el movimiento del pelo –dije–. Lo has captado muy bien.

Él sonrió y me dio las gracias.

–¿Cuál es mi objetivo a mejorar?

–No lo sé. Es demasiado perfecta. No parece una chica real.

–Dibujo lo que veo.

Me mordí el labio, sin saber qué decir.

–Ojalá tuviera ese aspecto –dije, por fin, encogiéndome de hombros y tratando de sonreír humildemente.

–Veamos el tuyo.

Le alargué el cuaderno.

–Me conformo con dos objetivos a mejorar. Ya sé que es un desastre.

Ryan sonrió y me miró a los ojos.

–Evidentemente humano. Pero tengo que hacer algo con mi pelo.

–La próxima semana –dijo la señora Link, al final de la clase–, haremos una salida al Proyecto Edén para

dibujar plantas. Faltaréis a las clases de la mañana y estaremos de vuelta a tiempo para coger los autobuses, a las tres y media.

—¿Qué es el Proyecto Edén? —me preguntó Ryan.

—Esas cúpulas enormes, como invernaderos, que se construyeron en unas canteras de arcilla abandonadas, en Saint Austell. Cada invernadero reproduce un ecosistema diferente. Es chulo.

—¿Y se llama Edén?

Asentí.

—Por el jardín del Edén.

—Capto la idea.

Sonó el timbre y me guardé el cuaderno en la mochila. Ryan saltó del asiento y se dirigió a la salida. Ya en la puerta, se volvió a mirarme.

—Gracias, compañera —dijo con una sonrisa.